

ojos en su hijo, y pudo notar las diferentes alteraciones que en un momento habia sufrido su rostro, como asimismo la accion de requerir su cuchillo, cosa que habia pasado desapercibida. Entonces se levantó con disimulo y llamó á *Centella* fuera de la sala. *Centella* salió, pero sin perder de vista á la Berroqueña.

— ¿Qué quiosté, pare? preguntó al Sr. Juan.

— Hombre, ná, contestó éste; no quisiera mas sino que te vinieras á casa.

— Pare, ¿y por qué?

— Hombre, por ná, ya te lo é icho. Pero mira, estoy conociendo que no estás güeno; y sobre too....

— ¿Qué?

— ¿Quies que te lo iga?

— Sí señó.

— Pues estoy muy esasonao, porque me paese questa fiesta no vá acabá en pas; tu tienes tresdeos é voluntá al Lobo, y esa endina.... con que, vayámonos.

— Pare, lo que es yo.... me queo.

— Pero, hijo....

— Pare, no me igasté naa. Yo ya tengo arregolvio el juicio; yo no pueo separarme é aquí; esa jembra ma dao algo, y me tiee é queré, ó ha é temblá er mundo.... Pare aentro jago falta.

— Sea la voluntá é Dios, hijo.

Y ambos, padre é hijo, volvieron á la sala.

Un suspiro prolongado se escapó del pecho del tío Relámpago. Al oírle le miré y me conmovió profundamente la alteracion que habian sufrido sus facciones. Estaba pálido, trémulo y lloroso. Los recuerdos que despertaba en él la relacion que le leia eran crueles, y por un momento temí verle sucumbir á la fuerza de su dolor.

— Vamos, señor Juan, le dije tomándole la mano; sosiéguese V., y si quisiera darme gusto, dejaríamos lo que falta por leer para otro día.

— Jágasté lo que guste, me contestó con sentimiento. Ya tambien estará osté cansao, y esto debia haberlo notao antes.

— No lo digo por mí....

— Pus por mí no lo ejusté. Osté ve que yoro como un chíquiyo: pero no ostante creasté que jace mucho tiempo que no he tenio un rato de mas gusto pa el corason.

En vista de esta declaracion no quise insistir mas, y proseguí leyendo:

« Padre é hijo volvieron á la sala. El señor Juan se dirigió á un grupo de cuatro ó seis hombres, amigos de su hijo, á quienes dijo algunas palabras. *Centella* fué á ocupar un asiento que habia vacio al lado de la Berroqueña, y que acababa de dejar el Lobo para encender un cigarro. Al volver éste á ocuparlo le dijo *Centella*:

— Ya sabosté que quien va á Seviya....

— Ya estoy, le interrumpió el Lobo; pero señó Senteya, mas vale perdé una siya que no el amó é una serrana.

Púsose *Centella* encendido, pero se contuvo.

— ¿Qué quiosté isí?

— Na, naita.... que andasté como....

— Escuehosté, moso, le interrumpió la Berroqueña temerosa del resultado de aquella conversacion; vamos á vé si luse ese cuelpo en medio esa sala.

— ¿Con osté, prenda?

— Empues será. Sacosté á alguna é esas pulias muchachas.

— Lo jaré po darle gusto, mas aquí se quea el alma.

Retiróse el Lobo, y quedó solo *Centella* con la Berroqueña.

Al punto se entabló entre ambos una conversacion animadísima, pero en voz tan baja que ha quedado en el mas profundo secreto. Sin embargo, si las acciones y la expresion del rostro pueden servir de guia para conocer los sentimientos que se espresan con la palabra, podrémos decir que la conversacion que tuvieron pasó por las fases siguientes:

*Centella* se quejó del desvío de su amada.

Suplicó.

Las contestaciones que obtuvo no fueron favorables.

Enardecióse, y de las súplicas pasó á las amenazas.

Por este medio hubo de sacar mas partido.

Su rostro se despejó algo.

Concibió alguna esperanza.

Brilló en sus facciones un rayo de alegría.

¿Y qué lo motivaba? En breve se supo, pues la Berroqueña pidió en voz alta que tocaran el bolero.

— ¿Quién va á bailayo, prenda? preguntó el Lobo.

— Este cuelpo, si osté no se ijusta.

— Alma é los dos, aquí estoy yo pa acompañarla.

— Está ocupá la plasa, compadre, dijo *Centella* poniéndose en pié.

Mordiése el Lobo los labios, y con tono zumbon, dijo:

— ¿Qué aire corre esta noche?

— El que osté quiea que sople, contestó *Centella*, po acá se recibe too.

— ¡Vaya á ve ese bolero, almasen de gracia! dijo el Sr. Juan para dar otro rumbo á la conversacion. ¡Que se va el tiempo!

— Pos vaya en gracia! dijo el Lobo tomando una guitarra, y empezando á tocar.

Todos los concurrentes se sentaron, dejando desocupado el centro de la sala.

*Centella* y la Berroqueña se pusieron en posicion, y empezó el baile.

— ¡Vivan los mosos güenos! gritó uno: vaya señó Senteya, obligosté á esa jembra que vale mas que la plata.

— ¡Uy! y qué cuelpo! ¡Virgen santísima! gritó otro; presiso que su compañero vaya ya camino el Limbo!

El Lobo tosió, escupió y dió al aire su voz con esta copla:

A ese probe que te aora

No latormentes el alma;

Y si alguno te lo impie

Dale corriendo é baja.

— ¡Bien! esa boca merese está engarsá en oro! exclamó uno de los amigos del Lobo.

— ¡Vaya que sea en jierro! gritó el Sr. Juan, y sin intermision cantó:

E mugeres presumias

Y é hombres esalmaos

Dios mus libre poque son

Mas que la peste é malos.

Alusiones tan marcadas, no podian pasar desapercibidas. La copla que habia cantado el Lobo habia arrancado una sonrisa de la boca de la Berroqueña, y una mirada de odio de los ojos de *Centella*. No fué menor el efecto que causó la del señor Juan. La Berroqueña perdió el color, aunque procurando disimular, y el Lobo, resentido visiblemente, se dispuso á tomar la revancha.

Los concurrentes empezaban á hablarse unos á otros, y al paso que unos vituperaban al señor Juan, otros atronaban la sala, tributándole palmadas y bravos.

El Lobo, luego que se apaciguó algun tanto el ruido, dejó ir la siguiente andanada.